

15. LOS FILIBUSTEROS

En 1625, mientras Francia e Inglaterra intentaban con continuas guerras acabar con el poderío de España, dos navíos, francés el uno e inglés el otro, tripulados por intrépidos corsarios llegados al Mar de las Antillas para estorbar el floreciente comercio de las colonias españolas, anclaban casi al mismo tiempo ante una isla llamada San Cristóbal, habitada únicamente por tribus de caribes.

Los franceses estaban capitaneados por un caballero normando llamado señor de Enanbue; los ingleses por el caballero Thomas Warner.

Encontrando la isla fértil y los habitantes dóciles, los corsarios se establecieron en ella, dividiéndose como hermanos aquel pedazo de tierra y fundando dos pequeñas colonias.

Durante cinco años aquellos hombres vivieron tranquilos cultivando el suelo, pues habían renunciado ya a sus aventuras en el mar. Hasta que un mal día apareció de improviso una escuadra española que acabó con un gran número de colonos juntamente con sus viviendas. Los españoles creían tener un perfecto derecho a actuar de esta manera, pues consideraban que todas las islas del golfo de México eran de su absoluta propiedad.

Algunos de los colonos consiguieron huir de las iras españolas y llegaron hasta otra isla, llamada de La Tortuga, porque, al verla a distancia, tiene cierto parecido con una tortuga; situada al norte de Santo Domingo, casi frente a la península de Samana, y provista de un puerto que facilitaba su defensa.

Aquel puñado de corsarios fueron los creadores de la formidable raza de filibusteros que no tardaría en asombrar al mundo entero con sus extraordinarias e increíbles empresas.

Mientras algunos se dedicaban al cultivo del tabaco, que tan buenos resultados daba en aquellos terrenos vírgenes, otros, deseosos de vengarse de la destrucción de las pequeñas colonias de San Cristóbal, merodeaban por el mar, tripulando simples botes, con la intención de acosar a los españoles.

La Tortuga no tardó en convertirse en un centro

importante para cientos de aventureros franceses e ingleses, procedentes de las cercanas tierras de Santo Domingo e incluso de la lejana Europa, y que eran mandados, generalmente, por armadores normandos.

Aquella muchedumbre, compuesta en su mayoría por fugitivos, soldados y marineros ávidos de riquezas y fáciles botines, y llegada hasta allí con el único ferviente deseo de hacer fortuna y de poner las manos en las riquezas mineras de las que España tenía verdaderos ríos de oro, al encontrar en aquella pequeña isla haitiana lo que esperaban de haber obtenido directamente de los españoles considerando, además, que prestaban un gran servicio a sus naciones, que mantenían una continua guerra con el coloso ibérico.

Los colonos españoles de Santo Domingo, viendo que su comercio peligraba, pensaron en desembarcarse cuanto antes de aquellos ladrones y, en una de las ocasiones en que La Tortuga quedaba con la mínima guarnición, enviaron un gran contingente de tropas a asaltarla. La presa fue fácil, y cuantos filibusteros cayeron en las manos de los españoles fueron ahorcados o asesinados cruelmente con diversos sistemas.

Los filibusteros que se encontraban en el mar, cuando se enteraron de la matanza, juraron vengarse. Bajo el mando de Willes, tras una lucha desesperada, reconquistaron La Tortuga, aniquilando a cuantos españoles se encontraban en ella.

Pero no tardaron en surgir ásperas diferencias entre los colonos de la isla, debidas a la coexistencia de franceses e ingleses, los primeros más numerosos. Estos roces fueron aprovechados por los españoles para caer nuevamente sobre La Tortuga dispuestos a acabar con sus habitantes, que fueron obligados a retirarse a los bosques dominicanos.

Así como los primeros pobladores de la isla de San Cristóbal fueron los creadores de los filibusteros, los colonos huidos de La Tortuga fueron los fundadores de los bucaneros.

El acto de secar y ahumar las pieles de los animales capturados se conocía entre los caribes con el nombre de *bucan*, y de ahí el nombre que recibieron aquellos piratas.

Los hombres que más tarde habían de ser los más valerosos aliados de los filibusteros vivían como salvajes en miserables cabañas improvisadas con ramas y hojarasca.

Por vestido sólo usaban una camisa de tela bas-

ta, teñida siempre en sangre; calzones del mismo género, un largo cinto, del que siempre pendían un corto sable y dos cuchillos, zapatos de piel de cerdo y amplios chambergos.

No tenían más que una ambición: poseer un buen fusil y una numerosa jauría de grandes perros.

En parejas, para poder ayudarse mutuamente en caso de peligro, pues no tenían familia, salían de caza con las primeras luces del alba, haciendo frente con gran valor a los bueyes salvajes, numerosísimos en la isla de Santo Domingo. No volvían a sus bosques hasta la noche, no sin antes cobrar una buena pieza, ya fuera por su piel, ya por un buen pedazo de carne para la comida.

Unidos en una especie de confederación, empeñaban a incomodar a los españoles, que volvieron a perseguirlos como a animales feroces con ánimo de acabar con ellos de una vez por todas. La persecución dio resultados; dando grandes batidas, los españoles exterminaron a todos los bueyes salvajes, dejando a aquellos pobres cazadores en la imposibilidad de vivir.

Fue entonces cuando filibusteros y bucaneros se unieron bajo el nombre de Hermanos de la Costa; y regresaron a La Tortuga ávidos de una sed insaciable de venganza contra los españoles.

Aquellos valientes hombres, que jamás fallaban un disparo, pues eran magníficos cazadores, representaron una potente ayuda para los filibusteros, cuyo movimiento había alcanzado ya un considerable desarrollo.

La Tortuga prosperó rápidamente y llegó a ser la guarida de todos los aventureros de Francia, Holanda, Inglaterra y algunas otras naciones, todos bajo las órdenes de Beltrán d'Orgeron, a quien el gobierno francés había enviado a aquellas tierras como gobernador.

Estando aún en su fase más encarnizada la guerra contra España, los filibusteros dieron comienzo a sus audaces empresas asaltando a cuantas naves españolas podían sorprender.

En principio no poseían más que miserables chalupas en las que ni siquiera podían moverse, pero no tardarían en disponer de los magníficos veleros que arrebataban a sus eternos enemigos.

Al no poseer cañones, los bucaneros eran los encargados de suplir las funciones de la artillería, y siendo, como ya se ha dicho, magníficos cazadores, les bastaban pocos disparos para abatir a las tripulaciones españolas.

Su audacia era tal que osaban hacer frente a los

grandes veleros, a los que abordaban con extraordinario furor. Ni la metralla, ni las balas, ni la obstinada resistencia les hacían desistir de sus propósitos. Eran hombres desesperados que despreciaban el peligro e incluso la muerte; verdaderos demonios; y como tales les consideraban los españoles.

Rara vez daban cuartel a los vencidos, imitando la actitud de sus adversarios. Sólo conservaban la vida a las personas distinguidas, nobles o famosos marineros, por los que pedían fabulosos rescates. El resto de las tripulaciones era de inmediato arrojado a las aguas o, simplemente, asesinado. La lucha era, por ambas partes, una guerra de exterminio, sin la menor generosidad.

Aquellos ladrones del mar, como todos los llaman, tenían, no obstante, leyes propias que respetaban rigurosamente, quizá mejor que las que gozaban sus propias naciones. Todos gozaban de iguales derechos; solamente en la distribución de los botines tenían los jefes una mayor parte.

Apenas vendido el fruto de sus piraterías, retiraban una cantidad para los premios destinados a los hombres más valerosos y a los heridos. De esta forma, podían premiar a los que por vez primera saltaban sobre el barco abordado y a aquellos otros que conseguían arrancar de él la bandera española. Tenían también recompensa aquellos que en circunstancias peligrosas, arriesgando incluso su propia vida, conseguían información o noticias acerca de los movimientos de las fuerzas españolas. Algunos de los premios estaban establecidos. Así, se concedían seiscientos pesos a los hombres que en el transcurso de una batalla perdían el brazo derecho: el izquierdo se valoraba en quinientos; cuatrocientos pesos valía una pierna, y a los heridos se les asignaba un peso diario durante dos meses.

De esta suerte, a bordo de las naves corsarias podían tener validez las severas leyes que regían la vida de aquellos aventureros.

Aquellos que abandonaban su puesto durante el combate pagaban su cobardía con la muerte. Estaba prohibido beber vino o cualquier clase de licor después de las ocho de la noche, hora fijada para el toque de silencio. No se permitían los duelos, los altercados, los juegos de cualquier tipo, y pagaban con su vida los que se atrevieran a llevar a bordo de sus naves alguna mujer, aunque fuese su propia esposa.

Los traidores eran abandonados en islas desiertas, igual que aquellos que, antes de la distribución

del botín, se apropiasen de cualquier objeto, por pequeño que fuera. Sin embargo, se dice que fueron raros estos últimos casos, pues los corsarios eran hombres de una honradez a toda prueba.

Cuando fueron dueños de algunos navíos, los filibusteros se hicieron más audaces, y no encontrando más veleros de los que apoderarse, pues los españoles habían puesto fin al comercio entre sus islas, empezaron a llevar a cabo sus grandes empresas.

Montbars fue el primer caudillo que alcanzó gran fama. Este caballero del Languedoc llegó a América para vengar a los pobres indios exterminados por los primeros conquistadores españoles, presa, como otros muchos, de un odio violento contra España por las atrocidades cometidas por algunos de los colonizadores.

Bien a la cabeza de los filibusteros, bien al frente de los bucaneros, causó estragos en las costas de Santo Domingo y Cuba, acabando con un buen número de españoles.

Después de él, tuvo fama Pierre le Grand, un francés de Dieppe. Este audaz marinero, avistando un barco español que navegaba cerca del cabo Tiburón, y a pesar de no tener consigo más que veintiocho hombres, lo asaltó tras hundir su propio barco, con lo que pretendía dar a entender a sus hombres que se trataba de vencer o quedar sepultados para siempre bajo las aguas del mar.

Fue tal la sorpresa de los españoles al ver surgir de las aguas a aquellos hombres, que se rindieron, tras una breve resistencia, creyendo que se trataba de espíritus marinos contra los que nada podían sus sables y sus espadas.

Lewis Scott, con un puñado de filibusteros, asaltó San Francisco de Campeche, ciudad bien guarnecida, que él tomó y saqueó; John Davis, con sólo noventa hombres, tomó Nicaragua y más tarde San Agustín de la Florida; Brazo de Hierro, un normando que perdió su nave cerca de la desembocadura del Orinoco a causa de un rayo que incendió la santabárbara, resistió los asaltos de los salvajes y, tras un día de encarnizada lucha, viendo que se acercaba una nave española con pocos hombres a bordo, la atacó por sorpresa.

Pietro Nau, llamado El Olonés, sembró el pánico entre los españoles y, después de cien victorias sobre ellos, acabó miserablemente su larga carrera en los estómagos de los salvajes de Darién, en la desembocadura del Atrato, tras haber sido pasado por la parrilla.

Grammont, caballero francés, fue el que le su-

cedió en la celebridad asaltando con filibusteros y bucaneros Maracaibo y Puerto Cabello, donde resistió, con sólo cuarenta hombres, el ataque de trescientos españoles; luego, en compañía de Wan Horn y Laurent, tomó Veracruz.

Sin embargo, el más famoso de todos iba a ser Morgan, el lugarteniente del Corsario Negro. A la cabeza de un buen número de filibusteros ingleses empezó su carrera tomando Puerto Príncipe, en la isla de Haití. Más tarde asaltó y saqueó Portobelo, a pesar de la terrible resistencia de los españoles y del fuego infernal de su artillería, y luego Maracaibo. Finalmente, atravesando el istmo y tras grandes peripecias y sangrientas luchas, asaltó Panamá y la incendió después de haber obtenido un botín de 444.000 libras de plata maciza.

Sharp, Harris y Sawkins, otros tres hombres audaces, que formaban una sociedad, saquearon Santa María y, luego, en memoria de la célebre expedición de Morgan, atravesaron el istmo llevando a cabo innumerables audacias y acabando con las fuerzas españolas, cuatro veces superiores en número, hasta llegar al océano Pacífico, donde se posesionaron de algunos navíos y destruyeron, tras largas horas de lucha encarnizada, la flota española, que se defendía con el valor que da la desesperación. Hicieron temblar a Panamá, saquearon las costas occidentales de México y Perú tomando por asalto ciudades como La Serena y alguna otra de las costas de Chile, y volvieron a las Antillas por el estrecho de Magallanes.

Aún les sucedieron otros, igualmente audaces aunque quizá menos afortunados, como Montabon, el Vasco, Jonqué, Michel, Dronage, Grogner, Davis, Tusley y Wilmet, que continuaron la maravillosa empresa de los primeros filibusteros, actuando en Las Antillas y en el océano Pacífico hasta que La Tortuga, perdida su importancia, decayó y con ella los filibusteros que terminaron desparramándose.

Algunos establecieron una colonia en las Bermudas y durante unos años dieron que hablar e hicieron temblar a las colonias de las Grandes y Pequeñas Antillas, pero pronto se deshicieron también los últimos bandos y desapareció por completo era raza de hombres tan temidos.